

ADIOS A LAS BOND-GIRLS



Sexo y violencia son elementos fundamentales en los films de Flint, como lo son en los de James Bond, aunque se utilicen con criterio diferente. James Coburn, el intérprete del nuevo agente secreto, está muy lejos del dandy Sean Connery, y su actitud frente a las mujeres es, por otra parte, distinta de la tradicional.

AHORA, CHICAS FLINT

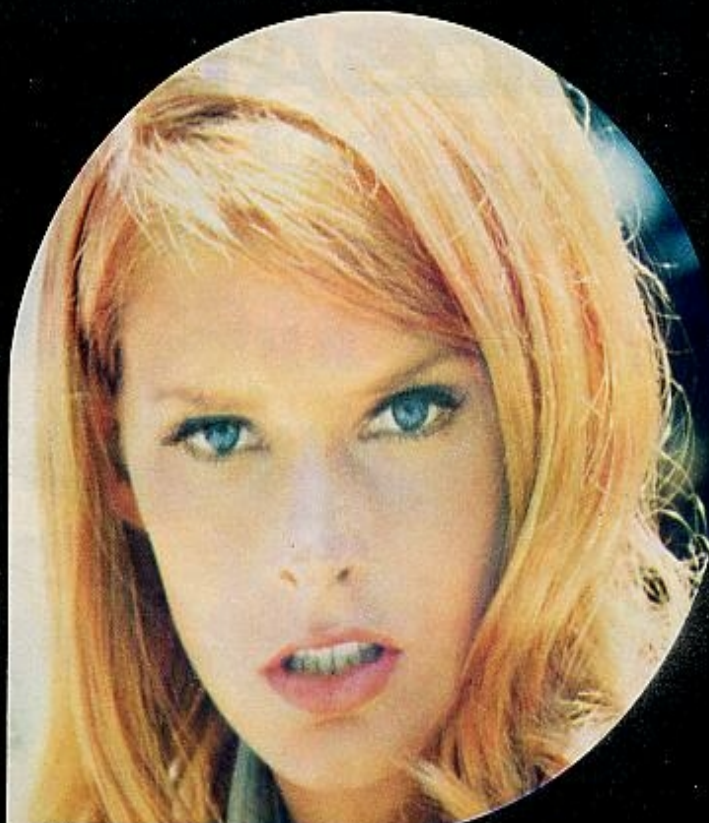
DURANTE unos años el mundo ha vivido bajo el signo de James Bond. El fenómeno se inició de modo casual, se desarrolló orgánicamente, y encuentra en este momento su punto de crisis. Las novelas de Ian Fleming se habían vendido bien desde que empezaron a publicarse, pero el «boom» se produjo a raíz de la primera adaptación al cine de una de ellas. Un film de presupuesto no demasiado elevado, con actores escasamente conocidos y dirigido por un realizador, hasta entonces, acantonado en la serie B británica, se convirtió, sin que nadie lo hubiera previsto de antemano, en el éxito del año. De ahí a la decisión de continuar la serie no había más que dar un paso, lo que se apresuraron a hacer los productores Saltzman y Broccoli, adquiriendo rá-

pidamente los derechos de adaptación de la obra completa de Fleming, consagrada a Bond, con excepción de «Casino Royale», cuya compra había realizado otra casa productora, años atrás. Al mismo tiempo, establecieron condiciones con el intérprete del «Agente 007», Sean Connery, con vistas a asegurarse su colaboración en los films por venir, y también con los actores que encarnaban a los personajes secundarios que, de un modo regular, debían aparecer en cada nueva entrega. Ahora bien, también los intérpretes —estrellas o no— pusieron sus condiciones, fijaron sus plazos. En la actualidad, parece que estos plazos se acercan a su término y que la serie, como tal, corre peligro de extinguirse. Connery no quiere volver a interpretar a James Bond, y su

desaparición, unida al hecho de que ya en «Casino Royale» el personaje mítico es interpretado por Peter Sellers, que, naturalmente, le habrá dado un sentido muy diferente, puede ser un tanto decisivo en el sentido de dar el golpe de muerte a la gallina de los huevos de oro.

Pero el bondismo va mucho más allá de la propia serie Bond. Sus influencias, sus ramificaciones, se han extendido enormemente. En el cine y en la llamada vida real. En el cine se ha visto una inflación de películas de espías, un resurgimiento de la violencia como tema clave, un pansexualismo, basado en la consideración de la mujer como objeto, y del hombre como dueño y señor de la relación, en la que con frecuencia hace imperar la fuerza co-

SIGUE



De arriba abajo y de izquierda a derecha, las cuatro nuevas "Flint-girls" que sustituyen a las que actuaron en el primer film de la serie: Mary Michael, Jacki Ray, Jane Hale y Diane Bond

mo único valor. En la vida real, esto se ha traducido en la difusión de una ideología más o menos veladamente fascista, no ya sólo en el sentido estrictamente político, sino en el más amplio de concepción del mundo y de las relaciones entre individuos. No se trata ya de que «el bien» se sitúe siempre de un mismo lado de la barricada y «el mal» del opuesto, sino de la proposición como modélicas de una serie de actitudes que, dada la influencia del cine en las costumbres, van pasando, en una ósmosis más o menos asumida, a los comportamientos de la vida cotidiana.

Entre los muchos subproductos cinematográficos, a que ha dado nacimiento el fabuloso negocio que

constituye el bondismo, apenas si unos cuantos pueden considerarse como algo más que mera mercancía susceptible de convertirse en objeto de lucro. A escala nacional, «Estambul 65»; a la Internacional —y dejando de lado el extraordinario «Modesty Blaise», cuyo alcance va mucho más allá—, «Flint, agente secreto». Era lógico que Hollywood sintiera la necesidad de lanzar una serie «de espías», que pudiera competir en el mercado mundial con la producida por los ingleses. El cine americano puede tolerar al europeo la supremacía en el terreno del arte, nunca en el del comercio; y la verdad es que los intentos, más o menos tímidos, de seguir la vía Bond, nunca habían resultado rentables. Incluso en la serie B eran

los británicos quienes se llevaban la palma, con Mr. Solo, o el anti-Bond —nada más que hasta cierto punto— protagonista de «Iperess». Así como la serie «de romanos» pudo coexistir en Europa y América durante los años de su apogeo, la «de espías», lo mismo en sus productos, digamos, punteros, que en los que pudieran calificarse de «saldos», sigue siendo patrimonio de este lado del Atlántico.

El primer «Flint», sin embargo, logró el impacto que se había venido buscando por diferentes vías, a pesar de estar realizado por un director mediocre y de contar con un reparto no excesivamente ajustado, en el que, junto al estupendo James Coburn, **SIGUE** y el siempre eficaz, a pesar —o en virtud— de

AHORA, CHICAS FLINT



AHORA, CHICAS FLINT

su histrionismo, Lee J. Cobb, se descuidaba la parte femenina, esencial, y que nunca había debido estar encabezada por la vulgar Fila Golan. Frente a la aparente seriedad y al maniqueísmo de la serie Bond, en la entrega inicial de la consagrada a Flint se iba, sin llegar a la parodia, a la superación mediante el empleo del humor de toda una gama de tópicos y mitos, puestos en circulación por aquélla. El juego se jugaba desde dentro, y mediante la acumulación de efectos y su exageración se llegaba, si no a destruir y hacer saltar en añicos las convenciones de base del género —que es lo que logra Losey en «Modesty», si a hacer admisible para una mentalidad adulta y no alienada lo que de puro divertimento, de espectáculo de un tono muy de nuestros días, hay en él. El superhéroe, los «gadgets», el erotismo, la violencia de Bond aparecían en «Flint», llevados al paroxismo. Frente al dandy que es el agente 007, Flint es el americano que, bajo una capa de refinamiento, no consigue esconder totalmente la rudeza y torquedad de su carácter; el erotismo, que en Bond es *conquista*, en el sentido más tradicional del vocablo, es en Flint algo mucho más evolucionado, algo que si no puede calificarse como «nueva moral», está, en cualquier caso, lejos de la moral conservadora; los «gadgets» son puestos en solfa, a través del irrisorio mechero de ochenta y dos usos diferentes —ochenta y tres si se toma en cuenta la posibilidad de encender con él un pitillo—; la violencia es más sofisticada y, al mismo tiempo, más cruda que en los films de Bond; y en cuanto al superhéroe, al individuo que triunfa contra todas las asechanzas de sus enemigos, organizados o no, Flint deja chiquito

a su, más o menos, confesado inspirador, y es capaz de llevar a cabo toda suerte de hazañas, desde dejar fuera de combate a cualquier grupo por numeroso que sea, sin más que recurrir a su fuerza física, hasta parar, a voluntad, su corazón. Es claro que no puede hablarse de giro de 180 grados en los principios motores de la serie, respecto a su predecesora, como lo es que su ideología tampoco puede considerarse opuesta a la de aquélla. Pero el empleo del humor, la irrisión en que se vuelve la moral del éxito obtenido a cualquier precio y por cualquier método, que era la del bondismo, la desventura con que se manifiestan las relaciones hombre-mujer, y la calidad de espectáculo, en una línea muy «pop», de la nueva serie, la hacen digna de una consideración —siempre que no se fuercen los términos— que no merecía la del agente 007.

Si en la primera entrega correspondió a Daniel Mann, especializado en comedias para lucimiento de estrellas, la dirección, ahora le ha tocado el turno a Gordon Douglas, uno de esos directores de oficio, de esos profesionales en cuyas carreras ha habido de todo, desde obras deleznable, hasta otras que, si no pueden calificarse de maestras, han logrado obtener un grado de perfección fuera de lo corriente. En las últimas temporadas hemos visto en Madrid varias obras de Douglas —un hombre de los más prolíficos— que justifican este aserto. «Rio Conchos», «Cuatro gangsters de Chicago», estaban entre lo bueno; «Silvia» y «Harlow» entre lo muy mediocre. Años atrás, «Confidencias a medianoche» había dado la medida de sus posibilidades para la comedia, hasta el punto de ser la única aceptable de la pareja

Doris Day-Rock Hudson. Douglas puede, pues, dar al nuevo episodio de Flint la brillantez que no llegaba a alcanzar el primero.

«El like Flint» es el título de esta segunda entrega, que ha comenzado a rodarse en estos días, y en la que, como en la anterior, James Coburn estará rodeado de bellas muchachas por los cuatro costados. De un lado estarán «sus mujeres», de otro toda una pléyade de luchadoras, entre las que, naturalmente, el agente secreto evoluciona con la mayor soltura. Tres nuevas actrices debutan en «El like Flint»: Jacki Ray, Mary Michael y Diane Bond —curioso seudónimo—, que, junto a Jean Hale, formarán el cuarteto de señoras Flint, sustituyendo a las que lo componían en el primer episodio. Las dos primeras han trabajado, hasta ahora, como modelos publicitarias, mientras la tercera, que ha sido trapezista y es poseedora de envidiables condiciones atléticas, se había especializado en servir de doble a diversas estrellas, para escenas peligrosas. Evidentemente, ningún film más apropiado que el que en la actualidad interpreta para dar el salto, para actuar ante las cámaras con su verdadero rostro, ya que no con su verdadero nombre. Pronto, posiblemente, se hablará de las «Flint-girls», como se ha venido haciendo de las «Bond-girls», y si alguna de las intérpretes de la serie tiene el mismo golpe de suerte que le valió a Ursula Andress su actuación en «Dr. No», el conseguir un papelito en cualquier episodio se convertirá en una especie de amuleto. Todavía es pronto para hablar de Flint como mito. Es ya tiempo de conceder atención a Flint-fenómeno.

(© PIERLUIGI-MONDIAL PRESS)



Flint-Coburn, en la foto de la derecha, obliga casi a recurrir a la frase nietzscheana sobre «el reposo del guerrero». Aunque sus mujeres no sean precisamente elementos pasivos, ni su actitud ante el hedonista personaje sea la de sometimiento y aceptación. Sin que pueda hablarse de «nueva moral», algo ha cambiado...

